

Megan Maxwell

Casi una novela



Megan Maxwell

Casi una novela

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Megan Maxwell, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2016, 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2022

Primera edición en esta presentación: enero de 2025

Depósito legal: B. 20.169-2024

ISBN: 978-84-08-29764-2

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

—Por fin es viernes —susurró Rebeca al salir de la oficina.

El trabajo algunos días era agobiante. Y aquél había sido uno de esos días. Con prisa, anduvo hacia su coche. Lo abrió, metió su bolso y, cuando iba a cerrar, observó que debajo del coche de al lado había una caja de pizza que se movía. Cerró la puerta rápidamente.

«Será una rata», pensó horrorizada.

Pero, al encender el motor, volvió a mirar y vio cómo asomaba una pequeña cara peluda y blanquecina por el extremo de la caja. Era un perrillo. Sin poder resistirse apagó el motor, bajó del coche y abrió la tapa de la caja de pizza.

—Venga, pequeño, sal de ahí —murmuró sonriendo—. ¿Dónde están tus dueños?

Miró a ambos lados del parking. No había nadie. Estaba sola.

Con dulzura miró al pequeño animal peludo.

—Tienes hambre, ¿verdad? —El cachorro pareció entenderla y ladró—. Oh, Dios... pero si eres una monada.

Divertida, lo cogió con una mano y se lo acercó a la cara. Era menudo y sus ojos tristes la dejaron sin habla. La noche se acercaba y le daba pena dejarlo allí solo. Pero no podía tener un perro en casa. En su vida y con el trabajo que tenía, no había cabida para un animal. Lo dejó en el suelo apenada.

—Lo siento. No me puedo hacer cargo de ti.

Abrió la puerta de su coche y, cuando fue a meter los pies, el cachorro intentó subirse, pero ella no lo dejó.

—Ni un paso más, amiguito. No puedo quedarme contigo. Fin de la discusión.

Arrancó mientras éste se quedaba sentado sobre su regordete trasero. Rebeca lo miró y se agobió. No podía dejarlo allí. Era un cachorro. Un bebé. Al final, abrió de nuevo la puerta, bajó del coche, lo cogió y, tras resoplar, murmuró:

—Vale. Te llevo a casa. Pero sólo será una noche. Llamaré mañana a la protectora de animales y ellos te buscarán un hogar.

Durante el camino a casa, el cachorro de color canela y blanco se enroscó y se durmió en el asiento del copiloto junto al bolso. Rebeca, enternecida, lo miraba mientras pensaba en lo divertido que sería quedarse con él. Pero acto seguido se reprendió. No podía, o más bien no debía hacerse cargo de un animal. Ella casi nunca estaba en casa. Quedárselo sería cargar a Ángela, una encantadora toledana que acudía a limpiar lo poco que ella ensuciaba. La conocía desde que era pequeña y ésta siempre la reprendía por lo poco que comía y lo sola que estaba.

Una vez hubo aparcado en su casa, cogió al animalillo con mimo y entró con él en el salón.

—Bueno, precioso, te daré de comer algo más digestivo que un trozo de pizza.

Al entrar en la cocina, Rebeca lo soltó y lo primero que hizo el perrito fue estrenar la cocina.

—Oh... no... oh... no —se quejó Rebeca mientras se apresuraba a ir a buscar la fregona—. Mal empezamos.

Pero el cachorro parecía contento, y comenzó a correr y a ladrar. Rebeca sonrió al tiempo que se dirigía al frigorífico, sacaba un cartón de leche y buscaba un cuenco y galletas. Cuando apareció con aquello, el perrillo se abalanzó con apetito voraz. Mientras lo veía rebozarse en la leche y las galletas, Rebeca llamó a información. Necesitaba el teléfono del servicio de recogida de animales.

Marcó el número que le habían dado y un contestador automático le indicó que el horario de recogida era de lunes a viernes. Debía dejar la dirección de recogida, la raza del animal, el teléfono y el nombre de la persona por la que debían preguntar. Durante unos instantes dudó. ¡Era tan bonito! Pero tras ver que éste volvía a mearse en la tarima no lo dudó y dio sus datos.

—¿Y qué hago yo contigo el fin de semana? —preguntó mirando al animal.

Una vez hubo cenado, decidió repasar unas estadísticas que se había llevado de la oficina. Siempre estaba trabajando.

—Bueno, hay que ponerse a trabajar—dijo mientras observaba al cachorro enroscado sobre la alfombra.

A las nueve de la noche se puso a repasar unas estadísticas anuales de la empresa, y a las doce decidió irse a dormir. Despejándose, se levantó de la silla, apagó el portátil y, cuando comenzó a subir la escalera, oyó unos pasitos rápidos tras ella. Al volverse vio al cachorro. La miraba con sus bonitos ojazos mientras movía el rabito.

—De acuerdo... subirás conmigo a dormir. Y, por favor, ¡no te mees otra vez! ¿Vale?

Pero fue dejarlo en el suelo de la planta de arriba y el cachorro volvió a hacerlo. Rebeca resopló, lo limpió todo, colocó una pequeña manta en el suelo y murmuró:

—Te prohíbo terminantemente que duermas en mi cama, ¿me has oído?

El cachorro hizo un sonido que la hizo sonreír. Diez minutos después Rebeca cogió al animal del suelo, lo subió a su cama y por fin se quedaron profundamente dormidos.

Capítulo 2



El fin de semana con aquel cachorro fue sensacional. Diferente. Rebeca se divirtió de lo lindo, aunque cada dos por tres tenía la fregona en las manos. El sábado, después de comer, se quedó mirando con fijeza al perro. Si debía pasar el fin de semana con ella, lo mejor que podía hacer era bañarlo, no fuera a pegarle algo. En el baño descubrió que era una perrita. Una hembra. Había quedado limpia y reluciente y era toda una preciosidad. Pero se negó a ponerle nombre. «Si le pongo nombre me encariñaré más con ella», pensó. Por ello se dedicó a llamarla simplemente perro.

Pasado el fin de semana, el lunes por la mañana esperó la llegada de Ángela para indicarle que los de la protectora acudirían a recoger al animal.

—¡Bendito sea el Señor!... Pero qué cosa más simpática —exclamó Ángela aplaudiendo, nada más entrar y ver a la perrita—. Ya era hora de que tuvieras alguna compañía en esta casa. Ven aquí, precioso —dijo mientras se agachaba para tocarla.

—Ángela... —aclaró Rebeca mientras se tomaba su bol de cereales—, no me la voy a quedar. Me la encontré el viernes, pero hoy vienen los de la protectora a llevársela. Le buscarán un hogar.

La mujer, al escucharla, la miró con sus azulados ojos y, frunciendo el ceño, gruñó:

—Pero Rebeca, ¿cómo puedes negarte a tener esta preciosidad? Yo te ayudaré, reina. Estaré con él durante el día, y a partir de las seis de la tarde, te ocupas tú.

La joven suspiró. Conocía a Ángela y sabía que pronto se enfadaría. Contestó a la defensiva:

—Claro, ¡qué fácil! No, Ángela. Yo me levanto muy temprano. Me voy a la oficina, no vengo a casa a comer y sabes que hay veces en las que regreso muy tarde. ¿Cómo me voy a ocupar de ella?

—¿Ella? ¿Es perra?

—Sí.

—¿Qué nombre le has puesto, hermosa?

—No tiene nombre, Ángela. Ya te he dicho que no me la voy a quedar.

En ese momento el cachorro se volvió a mear. Antes de que Rebeca pudiera moverse, ya estaba la otra con el mocho en la mano.

—Ea... solucionado —dijo la mujer, y con los brazos en jarras añadió—: Hay un refrán que decía mi abuela Gregoria: «Todo lo que coseches hoy, mañana lo recogerás». Piensa en ello.

Ángela, al ver su gesto, supo que se metía en terreno pantanoso. Pero no le importaba. Los años que llevaban juntas les habían enseñado que podían decirse lo que querían cuando querían.

—Eres joven, tesoro mío —continuó—. Tienes veintitrés años. Eres linda, educada, tienes una casa bonita. Pero ¿qué más tienes? —La cara de Rebeca se transformaba por segundos, pero la toledana prosiguió—: Sé que no te gusta que me meta en tu vida. Y sabes que no me meto —se mofó—. Pero ya hace tiempo que pasó lo de Félix y creo que ya es hora de que encuentres a alguien que te quiera como tú te mereces. Sabes que eres como mi hija, que por ti haría cualquier cosa. Por ello, y a riesgo de que me mandes a paseo, como haces algunas veces, me permito decirte que no todos los hombres son iguales. Los hay buenos y malos, mejores y peores, guapos y feos, pero ¡hay que conocerlos!

—Vamos a ver, Ángela: no necesito, ni quiero, ningún hom-

bre a mi lado —contestó enfadada—. Tengo mucha prisa y pocas ganas de discutir.

Una vez hubo cogido el bolso y las llaves del coche, se volvió hacia la mujer que la miraba con descaro y aclaró:

—Hoy vendrán a llevarse al animalillo, ¿entendido?

—Oh... sí, hija, por Dios. Claro que te he entendido.

Rebeca se detuvo ante la perrilla que movía alegremente el rabo y dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Bueno, preciosidad, espero que te encuentren un hogar bonito. Hasta pronto. Ángela... hasta luego.

Pero Ángela no le prestó atención. Cuando se enfadaba murmuraba bajito, como estaba haciendo en ese momento.

Capítulo 3

Mientras conducía el coche por las calles de Madrid, pensó en su exnovio. Lo había querido con toda su alma y él, a cambio, la había engañado como a una idiota tras tres años de relación. Una noche le mandó un mensaje y le dijo que se había enamorado de otra, y no volvió a saber más de él. Lloró mucho, pero pasado el tiempo se alegraba de no estar con una persona como él. Sólo esperaba que algún día alguien le diera un buen escarmiento a aquel presuntuoso. Sumida en sus recuerdos llegó a la oficina. Allí, Belén, su encantadora secretaria, entró con ella en su despacho.

—Buenos días, Rebeca —saludó alegremente—. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, ¿y tú?

Como siempre, Belén empezó a contarle sus batallitas y, poniendo los ojos en blanco, indicó:

—Estuve con unas amigas de fiesta y conocí a un pedazo de hombre increíble. He quedado este fin de semana para cenar con él, pero no sé, no creo que sea nada serio.

Mientras Belén le hablaba de lo maravilloso que era aquel chico, ella sólo podía pensar en lo que Ángela le había dicho en relación con la perrilla. Quizá no sería difícil tenerla en casa. Estaba tan acostumbrada a estar sola tras lo de sus padres y lo de Félix, que se estaba convirtiendo en una ermitaña. De pronto, sonrió.

—Belén, llama a mi casa. Necesito hablar con Ángela. Urgentemente.

Sonó el teléfono en casa de Rebeca y Ángela lo cogió:

—Dígame —contestó con su inconfundible acento toledano.

—Ángela, quiero pedirte disculpas; no tenía intención de hablarte así esta mañana.

La mujer, con una cariñosa sonrisa, contestó:

—Ay, hermosa, perdóname tú a mí. Es que ya me conoces, soy un poco alcahueta. Siento haberte recordado al simplón de Félix. Pero, tesoro, yo quiero que seas feliz y me da rabia verte siempre sola.

De pronto se oyó un gran estruendo de cacharros y luego unos ladridos.

—¡Cristo de la Vega! —gritó Ángela.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada Rebeca—. Ángela, ¿qué ha ocurrido?

Tras soltar una risotada, la mujer contestó:

—Nuestra amigueta se ha tirado encima el bote de Cola Cao y una taza. Nada grave.

Aquello sorprendió a Rebeca, que sonrió.

—Pero ¿cómo es posible si no levanta un palmo del suelo?

—Eso quisiera saber yo. —Y, cambiando el tono de voz, la mujer susurró—: Ay, cariño... ¿Por qué no te piensas lo de entregar a este pequeño trastillo? Es tan linda... Creo que cuando se acostumbre a tus horarios no habría problemas. Piénsatelo, sería una grandísima compañía para ti.

Pero Rebeca ya lo había pensado y, con decisión, dijo:

—Mira, Ángela, si van los de la recogida de animales a casa, les dices que nos lo hemos pensado mejor y que nos la quedamos. Si hay algún problema me llamas y hablo yo con ellos. ¿De acuerdo, hermosa? —la imitó mientras sonreía.

Ángela, llena de felicidad, respondió arremangándose:

—¡Pa chasco! Que de aquí no la sacan. Antes me lío a escobazos con todo el que se acerque.

—¡Bueno, bueno! —exclamó Rebeca riendo.

Cuando colgó el teléfono estaba contenta. Sabía que había dado un paso hacia delante. Intentaría que esa perrita le devolviera parte de la vida que en otros tiempos le habían arrebatado. Pasó el día en la oficina alegre, a excepción de los momentos en los que se cruzaba con el avinagrado del señor Cavanillas, su jefe, a quien no podía soportar tener tan cerca. Su antipatía era mutua.

A las cinco salió de la oficina, pero antes se pasó por una tienda de animales. Necesitaba comida para perro, una cesta para que durmiera, un collar, una cadena y un montón de cosas que le dijeron en la tienda que le hacían falta. Llegó a casa a las seis. Allí estaba Ángela, esperándola con la mejor de sus sonrisas.

—Hola, hermosa. ¿Qué tal hoy en la oficina?

—¡Ángela!, ¿qué haces aquí todavía? —preguntó extrañada.

—Ay, mi niña. Estaba esperando a que vinieras para darte un gran abrazo por la decisión que has tomado. Además, no me apetecía dejar al trastillo meón solo. Pero ya que has llegado y te he visto, me voy. Hasta mañana, tesoros.

—Hasta mañana, Ángela.

Cuando se fue, tenía los ojos empañados de lágrimas. Quería que su niña comenzara a vivir, y poco a poco lo estaba consiguiendo. Quizá la vida había sido dura con Rebeca. Sin embargo todo tiene su fin, y Ángela intuía que algún día aquella mujercita sería feliz.

Cuando se quedaron solas Rebeca y la perrita, la cogió en brazos y se sentó con ella en el amplio sillón.

—Bueno, trastillo, creo que tengo que buscarte un nombre. Vamos a ver... vamos a ver... —La miró a la cara y dijo—: *Dania*, ¿te gusta? Creo que no; veamos... ¿Greta? ¿Laika? ¿Sura? No, tampoco. —Entonces se acordó de cuando la había visto por primera vez y se echó a reír. Miró esos ojazos con una sonrisa y dijo:

—Preciosidad, a partir de hoy te llamarás Pizza.